

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

### UN LIBRO ESCLARECEDOR.

*Michele Federico Sciacca: "L'ORA DI CRISTO" (\*)*

Hay mentes rellenas de contenido lógicamente bien trabado, como si en ellas hubiera un ovillo de pequeños eslabones articulados silogísticamente, que se despliegan y pliegan ante el adecuado estímulo intelectual, pero que a veces dan lugar a que el lector no especializado se embrolle y se quede con un lío en la cabeza.

Pero hay otras mentes clarificadoras, que expanden su luz por doquier e iluminan cuanto contemplan, mostrando los verdaderos contornos de los seres y de las cosas, y también descubren la artificialidad de las ideas plasmadas en papel que pretenden pasar por coherentes y no tienen mayor solidez que los juguetes de cartón-piedra.

Entre estas mentes luminosas, esclarecedoras, sugerentes, que a veces nos muestran todo un inmenso panorama reduciéndolo para nuestro examen a un plano asequible, que otras veces nos amplían los detalles que en él resultan claves para entenderlo, que siempre radiografían los hechos para mostrar por transparencia contrastada y comprobada la verdad de lo contemplado, diremos que, tal vez, nos ha impresionado más que ninguna otra, la de nuestro querido amigo, el profesor Michele Federico Sciacca.

El libro que tenemos el honor de presentar aquí, según su preámbulo, es obra "de un *clerius* (o intelectual) fiel, que siempre ha permanecido apartado de la política activa, pero no de los problemas de la sociedad contemporánea y de sus trabajos, lo cual le ha permitido, y le permite, reflexionar como filósofo; es decir, sobre la base de los principios que hoy en cambio quieren exilarse y eliminarse a favor de la praxis, de lo sedicente "concreto" que más bien es lo particular ciego"; ... "quiere ser una enérgica llamada a los principios, sin los cuales no puede haber acción política ni acción social; digo, a los principios de la visión cristiana de la experiencia".

Su reveladora introducción empieza preguntando cuántos siglos han transcurrido de 1914 hasta hoy. La pérdida de la proporción ha dañado toda medida razonable ...

Más que la grandiosidad de ciertos acontecimientos, impresiona el retroceso del hombre en contraposición con el progreso vertiginoso de la técnica y de las condiciones ambientales o "nivel de ci-

(\*) Milán, Marzorati Ed., 1973, 333 págs.

vilización", pues la "cualidad" de una *societas* es muy diversa de la "cantidad" de una *masa*. Todo está fabricado no para "cualificar", "elevar", sino para descalificar y envilecer todo valor intelectual y espiritual. Hoy es sólo uno el problema que preocupa: "progreso técnico industrial, incremento de la producción y del consumo para el bienestar social". Esta es la dimensión absoluta de la llamada "sociedad de máquinas".

Sin duda hay que admitir que lo económico, lo "material", ocupa el lugar de valor "básico", en el sentido de que "siendo el hombre también animal —espíritu encarnado— necesita satisfacer sus insuprimibles necesidades vitales", consecuente con "la elemental verdad de que el hombre no puede mantenerse vivo sin su cuerpo, cuyas necesidades son materiales". Pero "se confirma sin equívocos la subordinación del cuerpo al espíritu, desde el momento en que aquél es reconocido como condición de la actividad espiritual con miras al fin de elevación del hombre a su integridad de cuerpo y espíritu, que tampoco es su pleno cumplimiento, en cuanto es transitorio y obra no sólo del hombre". Por eso, "la caída de los valores espirituales, y la supremacía del progreso técnico-industrial-productivo para el bienestar, convertido en *fin en sí mismo*, trae el consiguiente envilecimiento del hombre y su degradación a la animalidad", que amenaza con sumergir nuestra "verdad" o la esencia del hombre.

Hoy se tiende a ser sólo "técnico especializado", con un cierto bagaje de nociones de televisión, de enciclopedia a nivel de todos, que tiende a sustituir el nivel humanístico de cultura por el "económico" y "científico". Esto comienza desde los primeros grados de instrucción y tiende a llegar hasta el vértice, de tal modo que llegará un momento en que "la cultura universitaria se hallará suspendida en el vacío y, quiérase o no, deberá resignarse a dejar de representar el grado más elevado de la cultura y de la enseñanza humanística y científica, para convertirse también en una escuela técnico-profesional de masa".

El hombre "se ha envilecido de tal modo a sí mismo y a su libertad de espíritu, que espera su propia libertad de un decreto ley, elaborado en algún cenáculo de politicastos, de la burocracia estatal que, en sí misma, en tanto máquina, es irresponsable"; y el Estado "en lugar de ser el promotor de los derechos naturales y suprasociales del hombre, es la *máquina* que le produce y le da, le quita y le suprime, le ofende e insulta cuando quiere so pretexto de la *salud pública*, del *bienestar de todos*, de los *intereses superiores ...*".

## I. DIOS, EXILADO DE LA CIUDAD TERRENA.

El problema primero y fundamental para la filosofía clásica es el de la *realidad* y del *saber* que se centra en el *ser*. Hoy, el problema de la *verdad* ha sido sustituido por el del método para la consecución de lo *útil*; y el del *ser*; por el del *hacer*. Lo útil prescinde de la verdad y el hacer, en el sentido extrínseco de *construir*, elimina al ser.

Se afirma que la verdad divide a los hombres, pues como no se trata de una mera opinión, es preciso no transigir respecto a ella; y, en cambio, parece más fácil que se pongan de acuerdo en cuanto a los medios y a los conocimientos técnicos que permitan resolver los problemas cotidianos de organización, de bienestar social, etc. Es algo ya planteado por Sócrates en el diálogo Eutifrón, de Platón. En política, también se dice que es mejor no discutir acerca de los principios y ponerse de acuerdo acerca de las cosas. Pero "las cosas son ciegas", observa Sciacca, y así "se concluye por elegir a ciegas, es decir, sin la luz de la verdad".

Para no dividir, se dejan al margen incluso los principios morales y también la verdad religiosa, para no enfrentar unos hombres a los otros. Se llega a pretender que existen dos mundos: "uno social o público, en el cual los hombres se unen en torno a lo que prácticamente les conviene y deciden al respecto; y otro de las creencias y de las opiniones personales, de las cuales lo mejor es no hablar porque de lo contrario podría estropearse la conversación". Es la tesis de *Natán*, el drama de Lessing, que concluye con el abrazo universal de los protagonistas que renuncian a buscar la verdad.

Así son eliminados los principios morales, con la consiguiente decadencia de las costumbres. No buscándose el ser y la verdad, sino una organización cada vez más funcional y racional de nuestro *fabricar* para un mayor y más difundido bienestar, la moral deja de considerarse como la perfección interior del hombre o la práctica de la virtud a costa de sacrificios y renunciaciones, y se la contempla como la liberación del hombre de todo cuanto impide o comprime su espontaneidad, es decir, de los viejos tabúes, llamados virtudes, que son considerados como pretextos más o menos hipócritas que enmascararán otros intereses o superestructuras económicas, o simplemente prejuicios. La virtud se presenta así como un instrumento de represión, un prejuicio que impide al hombre ser feliz en el desarrollo de su naturaleza instintiva. La libertad, de ese modo, queda reducida a la pura espontaneidad animal.

También, así, Dios es exilado de la ciudad terrena y relegado

a un fideísmo privado. Por otra parte, se estima que, si Dios existe, el hombre no es libre; pues no puede serlo si hay un Dios que es su patrón y señor, que todo se lo enseña, que lo envuelve en su providencia y que lo desvía de su fin terreno, al ser concebido este Dios como fin último, bien absoluto y eterna beatitud, siendo así "el opio del pueblo". Feuerbach, y tras él Marx, afirmaron que no fue Dios quien creó al hombre, sino que el hombre, con su imaginación, inventó a Dios, pues, al vivir en un estado de renuncia, alienó a otro, en ese caso a Dios, lo que le pertenecía. Se desconfía en Dios para confiar, en absoluto, en el hombre.

Pero, pretender eliminar el mal de este mundo "equivale a afirmar que la ciudad de Dios puede ser perfectamente realizada en este mundo. Y, en este caso, el hombre, capaz de construir el reino perfecto, sería el mismo Dios. Pero entonces ya no se trataría del hombre, sino de otro ser. Por otra parte, el tener más confianza en el hombre que en Dios, es afirmar que el hombre es más que Dios y esto es una forma de ateísmo por desesperación".

Cierto que, junto al ateísmo optimista, respecto de las posibilidades del hombre, tenemos el "ateísmo de lo absurdo" de Camús, implícito en la concepción del mundo como esencialmente absurdo y contradictorio; pero "lo absurdo elevado a sistema se niega a sí mismo, en cuanto sistematización de lo absurdo, orden del desorden".

## II. LAICISMO Y HUMANISMO LAICISTA.

El capítulo II enlaza el mundo moderno con la religión del hombre que se declara autosuficiente, identificándose ya sea con la *Razón* (en el sentido iluminístico y en el hegeliano), bien sea con la *voluntad* (la acción) o con la vida o el sentimiento (en el sentido romántico y vitalista); y considera la religión como enemiga en cuanto niega prácticamente esa autosuficiencia al considerar al hombre dependiente de Dios, Principio trascendente y absoluto. El núcleo laicista de la civilización moderna parte de la convicción de que la razón humana es el fundamento de sí misma, y de que ésta es la verdad, *toda la verdad*.

Ese nuevo mesianismo laico e iconoclasta ha invadido y corrompido la cultura europea: "los valores privados de su fundamento absoluto se han eclipsado; el orden natural y humano ha quedado suspendido en el vacío. En vano, durante cerca de dos siglos, la razón divinizada se ha esforzado, para salvarse, en inventar mitos de su carácter absoluto"; ... "en vano, el mito como todo mito, se ha mostrado simplemente mito". Perdida la verdad, en la que se apoya

la objetividad de la razón, negado el Ser, fundamento de todo ser, no hay verdad ni valores que se salven sin el Ser. El "todo es racional y nada existe por encima de la razón", ha engendrado en su seno el "todo es irracional y nada entra en el orden de la razón". Los héroes iluministas y masónicos han cedido el paso a los existencialistas de Sartre, y el laicismo entusiasta y dogmático del hombre ha sido demolido por el laicismo crítico que ha revelado toda la irracionalidad y la falta de sentido de la absolutización del hombre. Después de que el primero hubiera asignado al hombre lo que es de Dios, el segundo le ha negado incluso lo que es suyo, lo reduce a la Nada.

Pero del fenómeno de salón, de *club*, de logia, de pasillos parlamentarios, del *laicismo liberal*, se ha pasado al fenómeno de masa: "fábricas", "cooperativas", "casa del pueblo" del *laicismo social marxista*, que refuta dogmáticamente las conclusiones críticas del iluminista-liberal y hace valer su nueva instancia social en el puro terreno de la praxis, con una fe absoluta en el futuro de una humanidad mejor y perfecta, en la que el hombre realizará sus aspiraciones.

"Quien se niega a conocer y amar a Dios, fatalmente reconoce y ama un fetiche" ... "Y toda idolatría conlleva el fanatismo: Dios es uno; pero los ídolos pueden ser infinitos y cada hombre se fabrica el suyo" ... "cada hombre cree que su ídolo es el verdadero y niega la verdad a los otros; surge la intolerancia violenta y guerras de ídolos contra ídolos, de fanáticos contra fanáticos; de ahí la falta de respeto recíproco, de ahí la *impiedad* hacia todo y todos y la negación de la libertad. La sociedad moderna idólatra —el laicismo siempre es idólatra— es fanática e intolerante, de extrema intolerancia.

### III. LA CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL Y EL PROBLEMA DE SU UNIDAD ESPIRITUAL.

Según explica el autor, esta es la consecuencia de la ruptura producida entre la tradición cultural crítico-científica y la metafísico-religiosa, características de nuestra civilización en la que se hallaban entrelazadas. Esta crisis tiene una doble vertiente: una, producida por el humanismo laicista y, otra, por un superteologismo anti-humanista. El resultado es el mismo: "la ruptura entre el hombre y Dios: o sea el hombre sin Dios o Dios sin el hombre, o un racionalismo irracional, porque contra la razón es negar a Dios, o un fideísmo igualmente irracional, porque va contra la razón negar la misma razón y la verdad racional"; pues "no se salva la fe sin salvar la razón, ya que negar la objetividad de ésta, su luz de ver-

dad, es negar también la verdad de la fe: el super-humanismo ateo pierde la verdad humana en el momento en que niega a Dios y a la verdad revelada; el superteologismo pierde a Dios y la fe en cuanto niega la verdad de la razón".

Un fruto amargo de esta ruptura ha sido "la ilusión de la línea de pensamiento de Descartes a Hegel, del ingenuo cienticismo positivista y neopositivista", "error especulativo, como es la identificación de conciencia y verdad, de sujeto consciente y objeto conocido, porque una cosa es el conocimiento humano de la verdad y otra cosa es la verdad".

El pensamiento moderno había presentado un aspecto *destructor* y otro *constructor*: "con el primero intentó implacablemente demoler los fundamentos del *realismo* metafísico y gnoseológico del pensamiento clásico cristiano, con la consiguiente negación de Dios, de la inmortalidad personal del alma, etc.; con el segundo se esforzó sobervientemente en construir una *nueva verdad*, un *mundo nuevo*": el *regnum hominis*, que se creía realizable en este mundo y autosuficiente.

Y el pensamiento contemporáneo, aceptando la parte *destruccionista*, somete a una crítica implacable el aspecto *constructivo*, negando toda verdad objetiva y universalmente válida. Ciertamente, esta crítica ha resultado fácil, pues "si no hay una verdad objetiva, es decir, no creada por el hombre, sino sólo la que él se ha dado como un objeto interior, y no hay más verdad que la producida por el hombre, ¿qué hay que defender?: "la crisis de los aspectos particulares (moral, político, social, etc.) de nuestra civilización es consecuencia de la pérdida de la verdad, de la metafísica clásica, del principio de la metafísica en cuanto tal, de la pérdida de la *conciencia metafísica*, del fundamento".

"El pensamiento laicista, negada la existencia de Dios y la misma posibilidad de pensar, ha perdido al mismo tiempo la confianza en la capacidad del hombre para construir sin Dios un mundo verdadero y bueno, ha caído en la *verdadera nada*" y, por eso, ha perdido el camino, está desorientado; se ha autodestruido, no le queda "sino ser materialista y escéptico, acríptico y vano. Ha perdido el concepto mismo del derecho, con la negación del derecho natural y con la subjetividad de la ley; de ahí la autoridad como autoritarismo arbitrario y, por ende, tiránico; y de ahí la negación de la autoridad en cuanto tal y, por ende, la anarquía".

La gran tradición cultural europea sufre el asalto por dos lados de dos invasiones bárbaras: "la marxista y la angloamericana, dos «civilizaciones» técnicas, praxistas, para las cuales los valores teóricos carecen de toda validez; valen sólo aquellas «verdades» mera-

mente instrumentales que son transformables y adaptables a las situaciones sociales, válidas sólo como medio técnico de organización ...”, “dos civilizaciones sin cultura”, “dos mitos laicistas”, “idénticos en la concepción materialista de la vida, que aceptan, como verdad dogmática, la solución infalible del destino de la humanidad futura, la más feliz imaginable”. Pero, el “peligro mayor no lo constituyen hoy el comunismo ruso y el neocapitalismo americano; está en la propia Europa, que, renegando de su tradición crítico-humanística y de la religiosa, es decir, de sí misma, acepta «democráticamente» una concepción antieuropea de la vida, que es la misma del soviétismo y del angloamericanismo”.

#### IV. CULTURA, CIVILIZACIÓN, TÉCNICA.

Estas tres palabras representan tres conceptos que el autor trata de desentrañar en el capítulo IV.

El concepto de *cultura* es complejo: “no es sólo aprehensión y adquisición personal de lo que se aprehende; no es un cúmulo de erudición, sino conciencia crítica; no un conjunto de nociones, sino un «universo» de conocimientos, un «cosmos» intelectual, un todo orgánico y «ordenado». Por eso, no es cultura la pura «especialización» que puede realizar el «experto» o el «docto», pero no «culto». Objetivamente, *cultura* “es el conjunto orgánico de las obras válidas de la actividad intelectual del hombre”.

El término *civilización* es ambiguo. Hoy, sin embargo, indica especialmente, “progreso, avance, etc., más en el sentido de conquistas externas —científicas, técnicas, sociales, etc.— que en el otro de conquista interior; y la cultura es conquista interior”.

“En un sentido restringido y despotenciado, que hoy es de uso común, la civilización, en el fondo, no se distingue de la *técnica*, entendida no como aquel conjunto de reglas de un determinado «arte» —por ejemplo, la «técnica» de la pintura, etc.— sino como el modo más eficaz, racional y «científico» de «organizar» para mejor avanzar o progresar en el mundo; es decir, como acción productora o utilización práctica de las ciencias. Así, decimos que un pueblo está más «civilizado» que otro según su grado de organización o de potencia técnica, es decir, por su grado de capacidad de «dominar» el ambiente exterior para las necesidades del hombre”. Es la “muerte de lo «humano» en lo «técnico»”.

“La *cultura* no es enemiga de la civilización ni del progreso técnico-científico; sólo quiere conservar el puesto que le corresponde de ser cierto que el hombre vale más que las cosas, y que los valores estéticos, morales y religiosos valen para él mucho más que los producidos por los adelantos exteriores” ... “así, afirmamos, puesto



que el hombre no es sólo espíritu y vive y piensa en el mundo, que todo avance civil que cree una condición más favorable, puede ser una buena ocasión de desarrollo cultural y de avance espiritual. Lo que consideramos una calamidad es el predominio o la supremacía de la civilización técnico-científica con el consiguiente hundimiento de los valores humanos y de lo "humano"; no combatimos la ciencia sino el «cientificismo», no la técnica sino el «tecnicismo» y su exaltación, no la «civilización» sino el «civilizacionismo» que es «incivilización» exterior y «barbarie» interior".

Hoy sufrimos una decadencia de la cultura, proporcional al avance de la civilización. Así "tenemos una humanidad toda cuerpo y nada «espíritu», una civilización sin cultura, sin arte, poesía, moral, religión, etc., vacía de *esprit de finesse* y monstruosamente repleta de *esprit de géométrie*" ... "Una humanidad de sólo «técnicos» y sólo «funcional», en la cual todo se halla perfectamente «organizado», incluso el sentir, el pensar y el querer, y no según el «orden» de la verdad o del ser, sino según el de la «funcionalidad» técnica y operativa, no es ya una humanidad, sino una «máquina» como la «materia» de la que habló Descartes".

En cambio, "*conquistar la cultura es conquistar el sentido de los valores, ser libre para los valores*".

"Cultura es afirmación de la positividad de los valores humanos y de su «existencia» en obras de arte, filosofía, ciencia, etc.". Pero este concepto ha sido extrapolado y puesto fuera de su «orden» "al ampliar su autonomía convirtiéndola en autosuficiencia del hombre y del mundo: de ahí la ruptura con la tradición metafísica y religiosa. De ahí la absolutización de los valores humanos y naturales que los desnaturaliza y pierde, y con ellos al hombre; pierden la cultura por el *culturalismo*, su supervaloración y adoración; es la cultura-ídolo". Con ella llega la incompreensión, consecuencia de la impenetrabilidad de los varios puntos de vista; y "sólo cuando los hombres cesen de proclamarse soberbios creadores de la verdad y comiencen a sentirse sus humildes servidores, reconquistarán lo sublime de la vida, se comprenderán y se amarán. El entendimiento espiritual hará cesar la desarmonía de una sociedad que se ha hecho «materia»". El progreso civil, "cuerpo de la sociedad" debe ir acompañado de la "cultura", porque es "espíritu".

#### V. "SUBVERSIONISMO" ANTIHUMANÍSTICO-ATEO Y "REVOLUCIÓN" HUMANÍSTICO-CRISTIANA.

El autor confronta críticamente "el antihumanismo del humanismo ateo, negativo de lo humano y lo divino", y "el humanismo



cristiano, que en la forma católica, única auténtica, es afirmación y garantía del uno y del otro y de su autonomía”.

Marx deriva de Hegel, de quien acepta su concepción dialéctica del pensamiento y de la realidad, que conlleva la *negación del ser*, pues para él, no es el ser o la esencia del hombre o de otro ente, que, a través del devenir o la evolución permanecen idénticos, sino que el ser o la esencia son *formas históricas y naturales, no entidades ontológicas*. El «hombre nuevo» y la «sociedad nueva» de que habla el marxismo —al igual que el «hombre libre» y la «sociedad democrática» de que se envanace el laicismo «occidental»— no son los equivalentes a un tipo de hombre que no explota el trabajo del hombre o a una sociedad en la que se realizará mejor la justicia social, sino que quieren significar el advenimiento de un hombre *ontológicamente diverso*, «transformado» en el sentido más fuerte de la palabra, es decir, *otro* en su «ser», en su «esencia», en un nuevo grado de evolución o nueva situación histórica. La «nueva sociedad» «homogénea», sin clases sociales, fundada con el fin de las viejas estructuras económicas, lleva consigo la muerte del hombre tal cual es y, con esto también, el fin de la «superestructura» de la sociedad clasista y alienante”.

El *progresismo* marxista, como el *mesianismo* americano, es nihilista, en cuanto es “negación del ser como tal e incluso de la historia, que es negada con la ruptura de la tradición”. Ello da al marxismo cierto carácter «teologal» e incluso «escatológico», con su «fanatismo», cuando no «mística», consiguiente a toda absolutización de lo finito, a toda divinización de lo terreno y lo temporal. Marx seculariza el Paraíso, que sitúa en la tierra en un momento de la evolución natural y humana y, a la vez, al fin del devenir histórico. Y así, “el hombre es la adoración del hombre”, es decir, “ídolo de sí mismo”.

Tiene de común con la Ilustración, el dogma laicista: “la religión es un *grado inferior de la evolución y del progreso*”, *grado transitorio*, que será superado al llegar al punto álgido de la evolución, es decir, al humanismo ateo, en cualquiera de sus fórmulas: “religión histórica” de Hegel, “religión científica” de Comte, “religión moral individualista” de Nietzsche, “religión socioeconómica” de Feuerbach y Marx.

Para Feuerbach, el hombre no es cuerpo y conciencia, sino *cuerpo consciente*, en cuanto la conciencia no es sino una manifestación del cuerpo vivo que siente un *conjunto de necesidades* que quiere satisfacer. Pero, en tanto no puede liberarse de ellas, siente la aspiración de liberarse de la necesidad de las necesidades, lo que le lleva a imaginar el ser sin necesidades, al que llama Dios, que no es sino

la proyección de lo que el hombre querría ser y de ahí le viene su *alienación religiosa*. La teología es reducida a una parte de la antropología. Llegada la perfección cesa esa alienación y el amor a Dios es sustituido por el amor a la humanidad, "la religión del Dios trascendente, usurpador de lo que corresponde al hombre, deja su lugar a la fraternidad humana". Y así, para Marx, "el ideal de la perfecta justicia, primero hipostatizado, proyectado fuera de la historia y llamado Dios; una vez lograda una humanidad en la que todos los hombres serán hermanos en el trabajo, sin explotación ni alienación", "se cancelará de su mente aquel ser imaginario y tiránico que la sociedad aún no evolucionada y emancipada llama Dios, en quien el hombre aliena su poder y cuanto le corresponde".

El marxismo, como una forma de historicismo absoluto y de evolucionismo radical, niega la sustancia como entidad ontológica y la convierte en un puro producto de la historia, gobernada por la dialéctica de lo económico (materialismo histórico), de modo que a cada estructura económico-social corresponde un nuevo tipo de hombre. Pero, al llegar a la sociedad homogénea, para Marx se detiene la evolución. ¿Cómo se entiende esto? ¿Cómo puede ser inmutable la esencia al fin de la evolución si no lo es al principio? ¿Cómo la sociedad homogénea, siendo un momento histórico, puede quedar fuera de la historia? ¿Cómo, si toda tesis engendra su antítesis, la sociedad homogénea resultará una tesis sin antítesis, escapándose más allá de la dialéctica que la trajo?

Y, por otra parte, como esa sociedad, para liberarse de Dios, deberá liberarse de las necesidades y, para ello, de todos los dolores físicos y morales e incluso de la muerte, de todos sus males e incluso del mismo mal, resultará que ese "hombre nuevo" no será ya un hombre, sino un ser desconocido, algo así como el superhombre de Nietzsche socializado. El ideólogo marxista, para escapar de este absurdo, tiene que entender que, al ser satisfechas en la sociedad homogénea todas sus necesidades materiales, el hombre perderá la conciencia de su insuficiencia de ser mortal, pero, con ello, perdería también su condición de hombre en cuanto es definido, incluso por Feuerbach, como consciente. Es decir, que con la sociedad homogénea, el hombre se hará "beatísimo inmortal o dios" o "quedará sin conciencia como los otros animales": "en uno o en otro caso, —dios o bestia— cesará de ser hombre".

El marxismo ha sido una lección para los cristianos negociantes y fariseos, más amigos del «tesorero» Judas que del Maestro que, con la caridad, multiplica los panes y los peces. Es innegable que el anglicanismo, el puritanismo, el calvinismo, el protestantismo, como tal, han dado origen al capitalismo, alimentándole el espíritu de con-

quista y de dominio, de potencia económica, que es también potencia política a través del disfrute del trabajo de blancos, negros, amarillos, nutrido de la más luciferina soberbia, como la de quien se cree elegido de Dios e inmerso por la gracia ... Pero la lección del marxismo en cuanto reclama el deber de reconocer el derecho de todos a una vida acorde con la dignidad de hombre, concluye ahí. Su camino es el contrapuesto al predicado por Cristo, que nunca trató de organizar una revolución de los esclavos.

Es la diferencia que media entre el *espíritu de la revolución* — dialéctica, entendida como proceso de las estructuras económico-sociales, fatal pero acelerable por la lucha de clases, horizontal a nivel de lo económico, de lo «material»— y la *revolución del espíritu*, que el cristianismo significa, de reconstitución de la condición «originaria», perenne reconquista de las «raíces», del sentido «inicial» de la verdad, modificación de nosotros mismos a la altura del ser revolucionario interior de cada hombre, como hijo de Dios rescatado por Cristo, en la *fidelidad al orden interior de la verdad y de la justicia*, en la caridad en sentido teológico de unión con Dios y con sus hermanos en Cristo. Espíritu de *dar* y no de *tener*, de usar de la propiedad personal para *servir* al bien de todos.

Mientras que la solución materialista "es el esclavismo de hacer del hombre un puro instrumento de producción y de consumo, regulado con la precisión de una máquina, la víctima para sacrificar al Dios Producción-Consumo. El hombre libre ha sido sustituido con ella por el autómatas: el trabajo se convierte en una abstracción económica y la producción en un ídolo; el espíritu y la libertad son consideradas dos supersticiones «improductivas»".

## VI. LA LIBERTAD COMO LIBERACIÓN DE LA NECESIDAD.

Entre tantas definiciones dadas de la libertad humana, tenemos la expresada negativamente como ausencia de violencia y de coacción. Como también el ambiente social y físico, con sus situaciones desfavorables y hostiles, es una forma de constricción, Marx entendió que el hombre habrá realizado plenamente su libertad cuando haya dominado, con el progreso científico, las fuerzas físicas y se libere de las constricciones económicas mediante una organización racional de la sociedad.

Pero la equiparación entre cantidad de bienes y necesidades no parece realizable, porque el acrecentamiento de aquella provoca el de éstas y así recíproca y sucesivamente. De ese modo la necesidad será siempre "alienación" y el proceso de alienación y liberación sucesivamente indefinido, sin alcanzarse la libertad identificada por el marxismo con la liberación de la necesidad.

La oposición necesidad-libertad resulta dialéctica a través de la atracción y la satisfacción de las necesidades sucesivas, y la libertad se convierte así en un capítulo de la biología. Lo cual nada tiene de particular en cuanto la razón, como el espíritu en general, no es para el marxismo sino un producto de la evolución de la materia, pues no es sino un medio más del que disponen los hombres para advertir las necesidades que otros animales no sienten y para producir los bienes con el fin de satisfacerlas. La libertad no resultaría sino la consecuencia de un equilibrio fisiológico y biológico, de un cálculo para algo que en otros animales se resuelve con su instinto.

Pero, verdaderamente, la libertad no es el producto mecánico de una o más condiciones favorables que en este caso serían su causa. Estas sólo son condiciones favorables que facilitan el ejercicio de la libertad pero que no hacen libre ni a un solo hombre. Se puede ser espiritualmente libre siendo indigente, careciendo de medios económicos y se puede ser esclavo del mal sin carecer de nada para la satisfacción de las necesidades materiales e incluso, de lo superfluo. La libertad no es el resultado de una sensación placentera, ni el efecto de una necesidad satisfecha.

Una sociedad animal, organizada racionalmente, en la que nada faltase, no por eso sería libre, como no lo es la naturaleza de sus componentes. Así, tampoco una sociedad de hombres racionalmente organizada conforme un cálculo que, estableciendo la suma de las necesidades vitales de sus componentes, distribuyera el "tanto" global de trabajo y el "tanto" global de producción para satisfacer el "tanto global" de necesidades, no haría con ese mecanismo a todos libres; sus miembros no serían fruto de su iniciativa, sino el resultado mecánico de una organización exterior. El hombre es negado al negarle su libertad espiritual, incluida su iniciativa en lo económico; y se le convierte en un animal idéntico a los otros, sin que su razón resulte una diferencia específica en cuanto se la reduce a la facultad material para producir y procurarse bienes económicos.

La libertad del hombre sólo tiene sentido con referencia al problema del bien y del mal, de la libertad moral, la única por la cual la voluntad es buena o mala, según que lo que quiera esté o no dentro del orden que es el de ser. En la economía socialista, en cambio, lo moral, la acción buena, es lo económicamente productivo. Pero una libertad cuyo sentido moral sea absorbido por el sentido económico, no es libertad; se está hablando de otra cosa.

Para que la libertad económica sea una condición del ejercicio de la libertad espiritual es preciso que el hombre posea la libertad como inherente a su ser, y que ese estado de libertad le haga due-

ño de sus necesidades de tal modo que su satisfacción no sea un acto económico sino espiritual. La condición económica no hace libre al hombre; éste lo es antes y ninguna riqueza podrá hacerle libre de su egoísmo, de sus apetencias siempre nuevas, de sus instintos humanos insaciables. O se es libre en el cumplimiento de la ley moral o nada podrá hacer libre ni a un solo hombre ...

Además, en la perspectiva marxista, la propia libertad económica no es la actuación de la iniciativa de los individuos, sino el resultado de un "plan". El trabajo de cada uno se halla encuadrado en un engranaje, del cual es un diente que debe funcionar conforme el mecanismo exige. Mi libertad, fabricada sin tenerme en cuenta.

Si, en fin, en la visión hegeliana de Marx, la libertad es determinada por ciertos deseos, a su vez determinados por el desarrollo histórico y satisfechos en determinada situación social, se niega la libertad al hombre en cuanto éste se entiende como una resultante, como una determinación, en cuyo principio no se halla la libertad humana.

La identificación del "humanismo" laicista con la conquista del *regnum hominis*, con su inmanencia en el movimiento de ideas discurrido desde el Renacimiento a la Revolución francesa, con la carrera de la burguesía a la conquista del mundo, ha ido seguida por la carrera del proletariado hacia igual fin inmanente. Así, burguesía y proletariado se sitúan en el mismo plano: aquella, nutrida de liberalismo laico se vio tentada a adorar la Historia, la Ciencia, la Libertad, viviendo como si Dios no existiese; y el proletariado, a su vez, queriendo participar de sus beneficios económicos, ha adorado el progreso social, al Partido, a la futura sociedad homogénea. Así ha nacido una lucha sin cuartel, "religiosa", al pretender el paraíso en la tierra, y con una visión parcial, pues ambas partes no contemplan el problema integral del hombre, metafísico-ontológico moral y no sólo económico o político. Marxismo y liberalismo son dos soluciones erradas opuestas y equivalentes. La libertad económica como la libertad política pretenden situar toda la libertad del hombre en la satisfacción inmanente de las necesidades temporales; por eso, la democracia de la igualdad económica y la democracia de la igualdad política son dos formas de una misma concepción del mundo; la "religión" de la libertad marxista es paralela, dentro del mismo plano, a la "religión" de la libertad liberal.

## VII. CONCEPTO DE LA PROPIEDAD.

Identificar el fin social de la propiedad con su "socialización" es una afirmación arbitraria del socialismo moderno o de alguna de sus corrientes predominantes. El problema es más profundo y

complejo. No es sólo económico y político, sino ante todo moral y, como siempre, ontológico y metafísico.

“La propiedad no es una función social —lo que negaría el derecho natural de propiedad con su consiguiente atribución, como derecho positivo, al Estado convertido en nuestro patrono despótico al depender exclusivamente de él nuestra paz temporal— sino que *tiene, debe tener*, una función social, es decir, debe ser usada como bien común”.

Ser propietario “tiene un sentido moral y jurídico, y no sólo económico y legalista”, pues el único modo de ser “libre” de las cosas propias y del propio egoísmo es ser “siervo” de su buen uso; “administrarla para el bien común es *tenerla para donarla*”. Sólo así se es verdaderamente “propietario”, “dueño”, y no esclavo de la “cosa”; “conservar la propiedad es donarla continuamente para el bien común”.

El capitalismo, el socialismo, el comunismo no son sino distintos sistemas de administración y protección de los egoísmos individuales o de clase, o de la sociedad homogénea; es decir, la abstracción del concepto jurídico de propiedad de todo contenido moral y espiritual y, por lo tanto, incluso social en el mejor y más enérgico sentido. No son remedios eficaces, pues dejan el problema en el punto de partida: la propiedad, entendida egoístamente, colocando el bien material como suprema felicidad y fin último del hombre.

Quienes creen realizable en este mundo, a través de fases evolutivas, reformas y transformaciones sociales, descubrimientos científicos y técnicos, una humanidad en la cual cada uno poseyera lo suficiente e imperara el ideal de justicia a que el hombre aspira, e incluso evolucionada hasta resultar inmune a los egoísmos y a toda carestía, se imaginan que el hombre puede realizar la perfección absoluta, la justicia perfecta, la autosuficiencia, el Reino de Dios en este mundo. En otras palabras, piensan que el mal puede desaparecer de la tierra, que no es consecuencia del pecado de Adán, o lo consideran como algo provisional que será definitivamente vencido por el bien y exclusivamente por obra del hombre: “pelagianismo, deoteologizado, secularizado, ateo, impulsado a sus extremas consecuencias” ... Sobre esta base entiende el marxismo, y en general el laicismo, que el amor cristiano es una “superestructura” y la “caridad” una afirmación de la supremacía del señor sobre el siervo. La exclusión de la caridad cristiana lleva consigo el materialismo y el ateísmo, “la consideración como mitos reaccionarios, el pecado original, la inmortalidad del alma, la divinidad de Cristo, su obra de salvación, el Reino de Dios: todo el Cristianismo”. A la caridad cristiana, que considera “socialmente reaccionaria y teológicamente fabri-

cada de fábulas por inmadura e ignorante, el marxismo contrapone la *igualdad perfecta*".

El hombre, en la concepción cristiana, es deudor de Dios, incluso de la propiedad de su haber, que, por lo tanto, debe hacerla rendir para pagar su débito al Donador. Ha de hacer disponible la propiedad, sea dando lo superfluo, en el sentido literal de la palabra, o bien en el sentido de hacerlo servir para los otros, haciéndoles partícipes del mismo.

El concepto cristiano de propiedad es moral, ontológico, metafísico y teológico, y no sólo jurídico y social; "cuando solamente es legalista y social en el sentido empírico y material, será concepto liberal o marxista, romano o griego, chino o turco, pero no cristiano. Sólo éste es justicia social, *humana*, porque ante todo es justicia moral, es decir, *ordinata charitas ...*".

### VIII. CONCEPTO DEL TRABAJO.

El trabajo es traducción en acto de la energía del hombre, de la potencia del yo y, como cualquier acto humano, es a la vez físico y espiritual. Trabajar es obra del hombre, que es a la vez cuerpo y alma, para hacerse en algún modo útil. Sólo el hombre se asemeja al Creador, en cuanto imagen de la potencia creadora y del amor divino, y con el trabajo debe pagar la deuda que Adán con su pecado contrajo para toda la humanidad.

El fin último del trabajo humano no es el perentorio y primario de satisfacer las necesidades materiales, ni lo es el acrecentamiento infinito del volumen de las riquezas, ni el fanatismo idólatra de la producción y del consumo, sino el perfeccionamiento del hombre, la conquista de su libertad corporal y espiritual. No se trata, pues, de liberarse *del* trabajo, sino de liberar *al* trabajo, haciendo de él promotor de la libertad.

Urge acabar con la secular antinomia entre actividad teórica (cultura) y actividad práctica (trabajo) y resolverla en una concepción integral cristiana del trabajo. "Un trabajo despersonalizado y materializado pierde su esencia humana; es sólo fatiga, aunque el esfuerzo físico sea mínimo, y, en lugar de elevar el trabajo manual de fatiga a verdadero trabajo, se degrada cualquier trabajo a fatiga mortificante y alienante".

La aparición del capitalismo coincide con la protesta de Lutero. Es un fenómeno predominantemente protestante. El marxismo es su antítesis dialéctica y, a la vez, su castigo; es la frustración de la soberbia calvinista, que "ha hecho de la acción el medio para instaurar lo divino en el mundo, la señal de los elegidos de Dios, el ins-



trumento de la multiplicación de la riqueza para la gloria del mismo Dios". Los santos del calvinismo, los "predestinados" son los capitanes de industria de Ginebra, de Amsterdam, de Londres; "los réprobos" son los desheredados... Tanta soberbia del capitalismo es hoy puesta a dura prueba por los proletarios, "los elegidos de Dios marxista". Así, la lucha del capital y el trabajo se ha convertido en "una lucha de religiones sin religión".

Locke, uno de los teóricos del liberalismo ciudadano de una nación protestante, no vaciló en decir que "el primer deber del gobierno no es el de defender la fe cristiana, sino el de asegurar la propiedad privada [entendida al modo del liberalismo inglés] por amor a la cual los hombres entran en sociedad". Así planteados los problemas sociales humanos, desde el punto de vista del puro interés económico y del egoísmo, apoyado en una relación de fuerza [el Estado así constituido], no hay que maravillarse de que Marx diga que su revolución sustituirá el derecho divino del propietario por el de la propiedad socializada y del trabajo común. A la revolución burguesa sucede la revolución proletaria.

#### IX. CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN.

"Teoría" o "pararse a ver" es el significado de la *contemplación* o "actividad de considerar atentamente con el intelecto y con los ojos". Lo *contemplativus* se identifica con lo "especulativo". Pararse, pues "si no se para, no se ve". Sin contemplación no hay saber; aquélla mueve a éste; sin ella cesa el pensamiento.

La *contemplación natural* es la *intuición de la verdad*. Sin el conocimiento intuitivo no cabe el conocimiento discursivo, que ha de basarse en él; lo confirma y contribuye a que la intuición resulte obra constructiva.

La *contemplación sobrenatural* es la forma más alta de oración, el camino de la "visión" sobrenatural.

Pararse para ver, ver para hacer mejor. La *contemplación es el fundamento de la acción*. Esta necesita indispensablemente de aquélla, que, en cambio, no depende de la acción sino que en sí es independiente, "como el Verbo se hizo carne, así la contemplación se encarna en la acción, pero primero es la contemplación, como primero fue el VERBO".

Pero si eliminamos el ser, si enviamos al exilio la contemplación por idolatría del hacer, del *efficere*, deberemos aceptar las consecuencias: la antihumanidad radical, consiguiente a la negación del ser del hombre, de su verdad; negación que como tal también resultará ineficiente.

Concluye el capítulo con el comentario al episodio de Marta y María (*Lucas*, 10, 38-42), que el lector de VERBO puede leer en extenso en el número 113, páginas 227 y siguientes, donde se publica la ponencia que había desarrollado el autor en la XI Reunión de amigos de la Ciudad Católica.

## X. MISERICORDIA ESPIRITUAL.

"La caridad se dirige primero al alma y después al cuerpo; y si se atiende primero al cuerpo porque la urgencia apremia y no puede esperar, siempre es en vista del alma y acompañada de la misericordia espiritual. Este imperativo, fundamental en el cristianismo, nunca ha sido tan transgredido y olvidado como hoy a consecuencia de la brutal o mezquina identificación de la llamada «cuestión social» con el «bienestar económico»".

"Misericordia" no es sólo "compasión", que es disgusto o dolor por la pena o sufrimiento de los otros, pero no va más allá. La misericordia requiere compasión, requiere "piedad", es decir, disposición de recibir y de dar misericordia y amor. Pero la misericordia no es la resultante mecánica, como si dijéramos la suma de la compasión y la piedad. En ella estos dos sentimientos se unifican y potencian, se dinamizan, emergen fuera del cerrado sentir subjetivo y se traducen en acción objetiva, eficaz; no es ya solamente "*sentir*" y "estar dispuesto", sino *hacer por el otro*, irle al encuentro con todo el potencial de la compasión y la piedad cristiana, que exuberantes se derraman y *hacen*. Y es espiritual, por que es obra del espíritu y porque se dirige al espíritu.

Obra con amor y, si es preciso, actúa también con dureza. Una misericordia que se proponga hacer "fácil" la vida a todos, y más aún eliminar el mal y el sufrimiento de los hombres sólo por el hacer humano, será fruto de nuestro orgullo y, por eso, no cristiana. Por el contrario, la primera misericordia hacia nosotros y hacia los demás consiste en tener siempre presente nuestra indigencia y aceptar las consecuencias. No se trata de desafiar el dolor y la muerte, sino de amar santamente el dolor y la muerte, que es amar la Cruz. "Correr en ayuda, enseguida, de quien tenga necesidad de nuestro socorro espiritual, pero diciéndole: «acepta y haz la voluntad de Dios, unido a ti me hago cargo de tus penas». Esta es la misericordia cristiana".

## XI. CRISTO: PRESENCIA, ACTUALIDAD Y CONTEMPORANEIDAD HISTÓRICA.

El hombre integral no podría hallarse presente en sí mismo si no hubiera sido creado ser pensante. Pero "sentirse" y sentir, "pensarse" y pensar constituyen el principio de la subjetividad que, como tal y sólo por eso, no puede ser el principio de la verdad sin el cual, faltándole su objeto propio, dejaría de ser el principio subjetivo, es decir, porque el hombre no sería pensante por falta de objeto en que pensar.

Nuestra finitud, al lado de lo infinito, susceptible de ser pensado, conduce al "desequilibrio" entre sujeto pensante finito y objeto infinito superior a él. Infinitud que impulsa al hombre en su totalidad a su cumplimiento, al que se prepara con el encuentro "con el Logos sobrenatural infinito, eterno y absoluto del Verbo divino, el hijo de Dios hecho carne, Cristo: la Verdad".

Cuando el cristiano está presente a la verdad que lo constituye pensante y a la presencia de Cristo en él, presente como Verdad revelada, está preparado para presentarse como cristiano a su prójimo con plena disponibilidad de su ser cristiano. Esta preparación es un complejo y difícil ejercicio que dura toda la vida, en continua lucha con nosotros mismos.

Esta lucha compleja, que comienza por el conocimiento de la Verdad, tiene su reflejo social y eclesial, en su espíritu y en sus estructuras, manteniendo la debida primacía de aquél.

La Iglesia tuvo razón en rechazar el llamado "iluminismo católico" ya en el siglo XVIII, al que podríamos llamar "de izquierdas", abierto a la "novedad del siglo", en el sentido equivocado que le inclinaba a considerar preponderante el aspecto político y social de la moral y de la religión, comprometiendo el sentido y el fin de la misma Revelación; y tuvo razón en rechazar el iluminismo católico "de derechas" del tradicionalismo francés (que no debemos confundir con el español), teorizado por De Maistre, para fines prevalentemente de "restauración" política y que, con Lamennais, termina por converger en muchos puntos esenciales con el de izquierdas.

El error es pretender secularizar, ya sea al servicio de lo establecido, ya sea al de lo "novedoso", el Mensaje de Cristo y de la Iglesia.

De hecho, tanto el conservadurismo como el progresismo católicos "consideran verdad en sí, y por lo tanto inmutables, uno el pasado y otro el "concepto de sociedad en continua transformación", elevados a principios absolutos y a los cuales tratan de adaptar cualquier verdad humana o divina, haciendo inmutable lo mudable y

mudable lo inmutable, absolutivizando la apertura o la clausura al mundo, perdiendo la presencia, actualidad y contemporaneidad de Cristo”.

## XII. EL INESCINDIBLE EMPEÑO.

Hay tres clases de alteridad: del hombre con las cosas —naturales o artificiales, con o sin vida— distintas a él; del hombre con su prójimo, los demás hombres, “otros pero semejantes a mí”, y del hombre con Dios, Creador del mundo.

Esto establece un orden de amor, orden de caridad y de justicia que coincide con el orden del ser: el Creador por encima del universo finito en su totalidad y de cualquiera de sus partes, incluido el prójimo; y éste por encima de las cosas.

“Pero no puede amarse a Dios directamente en este mundo fuera de casos excepcionales de visión mística; en este mundo he de amar a Dios a través del mundo: en todos los seres de la creación, en el orden de la naturaleza”; “el bien infinito a través del bien finito”.

Ahí radican los dos mandamientos en los que se resume toda la ley de Dios, que en realidad es uno sólo con dos partes inescindibles: “no es posible amar a Dios sin amar al prójimo: pero tampoco es posible amar al prójimo, sin amar a Dios”. A Dios, con amor absoluto; el prójimo, con amor total, pero no absoluto.

Hoy, cierto cristianismo mal llamado social y que tal vez no debiera llamarse ya cristianismo, tiende a acentuar el segundo mandamiento y a soslayar el primero, reduciendo la figura de Cristo, lo más humanizada posible hasta negarle la divinidad, a una especie de mensajero social. Pero así ya no puede haber amor total al prójimo, porque tiende a absolutizarse, pues se convierte en Absoluto al hombre, a la humanidad —tesis típica del inmanentismo en cualquiera de sus formas: idealista con Hegel, materialista con Marx o positivista con Comte—; pero entonces, como el amor absoluto no puede ponerse en todo, resulta contradictorio amarlo como a nosotros mismos porque en forma absoluta no puede amarse sino a un solo ser. Así, la negación de Dios no se resuelve en un mayor amor a todo el prójimo sino en el odio de todos contra todos. La explicación es clara, ¿por qué debo amar a otro con amor total, como ordena el segundo mandamiento, si no existe una paternidad común de la que nutrimos el propio amor absoluto?

El mandamiento cristiano excluye a la vez el “evangelismo” y el “mundanismo” e instaura a Cristo como el “paraíso” viviente infinito, aunque siempre inalcanzado, que el hombre sólo puede rea-

lizar aquí con una absoluta disponibilidad ante Dios, que mueve montañas y con el auxilio de la gracia.

“Con mucha ligereza se dice hoy que el empeño es sumergirse en el mundo hasta olvidarse de Dios y de los viejos «mitos» de lo sobrenatural, lo que es perder el verdadero cristianismo y cualquier posibilidad de amar al prójimo. El cristianismo tiene dos fines que se resumen en uno solo; amar a los demás por amor a Dios. Mi salvación sobrenatural está, pues, ligada a mi acción cristiana en el mundo, sin que éste sea mi fin. Este equilibrio entre natural y sobrenatural, entre mundo y Dios, entre amor a Dios y amor al prójimo, en el «inescindible empeño», consiste la gran economía metafísica, ontológica, moral y religiosa del Cristianismo, la esperanza de salvación del hombre en la tierra y en el Cielo”.

El libro del profesor Sciacca concluye con un apéndice dividido en dos capítulos: I, *Sacerdocio y mundo moderno* y II, *El sacerdote y la política*, repletos de actualísimo interés. La conclusión resulta fluida:

“Si clericalismo significa injerencia del clero en la política militante, es decir, en la política de partido o en cuestiones que corresponde al poder secular, mediante lo cual se trata de constituir una verdadera y propia potencia política clerical, decimos sinceramente que el sacerdote no debe hacer esta política, y que de hacerla da lugar a un clericalismo nocivo al catolicismo, que acaba por provocar inevitablemente el anticlericalismo”. Pero si se trata de la defensa de los principios cristianos, en concreto, en la conciencia de los católicos, en su vida personal, familiar, social y política, “la intervención de los católicos y del clero es *sacrosanta*, es un deber elemental e improrrogable, que no constituye injerencia en el ámbito del Estado y del poder laico”. Su competencia “es afirmar la política de la verdad para que sea una verdad de la política sin clericalismo y sin compromisos”.

JUAN VALLET DE GOYTISOLO.

#### UN EXTREMECEDOR TESTIMONIO.

*Alexandr Soljenitsin: “ARCHIPIELAGO GULAG”*  
(1918-1956) (\*)

En el Archipiélago GULAG (siglas en ruso de Dirección General de Campos de Concentración), Alexandr Soljenitsin nos da a conocer el sistema que rigió en estos campos de la URRS entre 1918 y 1956.

(\*) Madrid, Ed. Plaza Janés, mayo 1974, 456 págs.